

el fuego: «es una mala inteligencia,» dice. El fuego no se para: «es una extraña aberración!» Y se traslada en persona á las barricadas, persuadido de que á su vista caerán las armas de las manos de los insurrectos; pero es recibido con insultos y entonces empiezan á abrirse sus ojos.

Durante este tiempo, el mariscal Bugeaud había paralizado sus movimientos, habiendo tenido que dar contraórden á la tropa. El pueblo había inmediatamente rodeado á los soldados y fraternizado con ellos. Los diputados, los periodistas iban y venían desde la Cámara á las Tullerías, todos daban su parecer y no había autoridad. A eso de las diez de la mañana (24 de Febrero) fué asaltado el puesto de Chateau-d'Eau, cerca del palacio real, y se trabó un vivo tiroteo de fusilería cerca de las Tullerías. El rey estaba almorzando; se le anuncia que el peligro aumenta á cada momento y que su corona se ve amenazada. El rey se decide, baja á la plaza de Carrousel y pasa revista á algunos regimientos de línea y batallones de la guardia nacional, siendo acogido muy friamente. A su regreso encuentra á un periodista diputado, M. Emilio de Girardin, que pronuncia la palabra abdicación, y desanimado por la defección de la guardia nacional, abdica, en efecto, á pesar de la oposición de la reina María Amelia. Era medio día; la revolución era dueña de casi todas las alcaldías y de cinco cuarteles; se acercaba á las Tullerías y no había tiempo que perder. El ex-rey abandonó precipitadamente las Tullerías, y el desórden de esta fuga fué tan grande, que la duquesa de Montpensier, extraviada entre la multitud, no pudo reunirse hasta más tarde con su familia. Luis Felipe se dirigió primeramente á Saint-Cloud, y después ganó penosamente la frontera y se embarcó para Inglaterra, en donde murió dos años más tarde (26 de Agosto de 1850), después de haber habitado en Claremont bajo el nombre de conde de Neuilly.

Así cayó este rey, al que una revolución había colocado en el trono; otra revolución lo destruyó; el rey de las barricadas cayó bajo las barricadas y huyó vergonzosamente ante la revolución triunfante, mientras que el rey Carlos X había sido tratado como rey mientras residió en el territorio de Francia.

Luis Felipe había abdicado en favor de su nieto el conde de París. En virtud de la ley votada por las Cámaras, empezaba la regencia del duque de Nemours, pero ¿quién podría sostener los derechos de un niño en las circunstancias en que se encontraban? El príncipe de Joinville y el duque de Aumale, los dos populares, uno en la marina, otro en el ejército, se hallaban ausentes; el duque de Nemours tenía pocas simpatías y el duque de Montpensier era todavía demasiado joven para que tuviera influencia; la duquesa de Orleans era una extranjera y el conde de París un niño de diez años. Sin embargo, la duquesa no se desesperó: había protestado contra la ley de regencia, resolvió reivindicar á la vez los derechos de su hijo y los suyos, é inmediatamente después de la partida de Luis Felipe, se trasladó con sus dos hijos á la Cámara de los diputados, en donde sabía que la oposición dinástica la era favorable. En efecto, un partido numeroso iba á pronunciarse en su favor, cuando gentes armadas invadieron el salón, produciendo una confusión inexplicable. Perdida entre la multitud, separada hasta de sus propios hijos, cuya vida salvaron unos hombres valerosos, pudo, por fin, llegar con el duque de Nemours al hotel de Inválidos, salió de París y consiguió atravesar la frontera de Bélgica. La revolución, dueña de la Cámara, hizo proclamar un gobierno provisional compuesto de siete miembros: Dupont (del Eure), Arago, Lamartine, Ledru-Rollin, Marie, Cremieux y Garnier-Pagés.

Sin embargo, la multitud había invadido las Tullerías, devastándolas completamente sin perdonar más que á la imagen de Cristo, que fué llevada con respeto á San German de Auxerre. Este fué uno de los rasgos que distinguieron á la revolución de Febrero de la de Julio; la religión y sus ministros fueron generalmente respetados y el pueblo acogió hasta con entusiasmo á los sacerdotes que recorrían las calles. La masa de los combatientes de Febrero sólo se dirigía contra la dignidad real, ó más bien, contra Luis Felipe en persona. Una cuadrilla se apoderó del trono, le hizo pedazos y fué á quemar sus restos al pié de la columna de Julio, en la plaza de la Bastilla.

Otros bandos se habían apoderado del Ayuntamiento, en donde habían instalado otro go-

bierno provisional, cuyas ideas eran mucho más avanzadas; los republicanos dominaban en la Cámara de los Diputados, los socialistas en el Ayuntamiento. Cuando el gobierno provisional del palacio Borbon se trasladó al Ayuntamiento, encontró la plaza ocupada y fué preciso celebrar un compromiso, en virtud del cual entraron en el gobierno otros cuatro miembros con el título de secretarios, á saber: Armando Marras, Luis Blanc, Fernando Flocon y Abbert, que tomaba el simple título de obrero.

Hasta los mismos vencedores estaban asombrados de su victoria. Habían tomado las armas para echar abajo á un ministerio, y habían derribado nada ménos que á un trono. No había tropas, se había obligado á los soldados á entrar en sus cuarteles, hab'á sido dispersada la guardia nacional y las masas que rodeaban el Ayuntamiento gritaban *viva la República!* y los miembros del gobierno provisional eran apenas dueños del salón en donde se habían reunido para deliberar. Era preciso poner órden, calmar á una multitud ébria con su victoria y restablecer el prestigio de la autoridad: M. de Lamartine se distinguió en esta ocasión por su energía y por su elocuencia, que ahuyentaron los peligros de los primeros días. Desde el 24 por la noche fué preciso proclamar la república, si bien se hizo reservando á la Asamblea nacional, cuya próxima convocatoria se anunciaba, el ratificar ó anular esta proclamación: esto era ya usurpar los derechos de la nación. Al día siguiente el gobierno provisional formó su ministerio; Dupont (del Eure) era el presidente; M. Cremieux tenía la cartera de Justicia; M. Ledru-Rollin la del Interior; M. Marie la de Obras públicas; M. Arago la de Marina; M. Goudchaux, hacendista muy estimado, la de Hacienda, si bien á los pocos días fué reemplazado por M. Garnier-Pagés; el general Bedeau, uno de los valientes generales formados en Africa, el cual resignó sus funciones casi inmediatamente, siendo reemplazado por el general Subervie, la de Guerra; M. Bethmont la de Comercio y de Agricultura; M. Carnet, hijo del convencional *organizador de la victoria*, la de Instrucción pública y de Cultos. Se nombró un alcalde de París, que fué M. Garnier-Pagés; el general Cavaignac fué encargado del movimiento de Argelia.

Los primeros días estuvieron llenos de peligros y de amenazas. La Francia, asustada é inquieta por los movimientos de París, aceptaba el nuevo régimen. El gobierno provisional trabajaba además por tranquilizar á los ánimos; el 26 de Febrero su actitud con respecto á los bandos que pedían que la bandera encarnada fuera la bandera de Francia y se la enarbolara en el Ayuntamiento, vino á inspirar gran confianza á todas las gentes honradas. M. de Lamartine fué el héroe de esta jornada; rodeado por un populacho amenazador, por bandos armados con fusiles, tuvo á esta multitud suspensa del encanto de sus frases, y terminó su discurso diciendo: «Por mi parte, yo no adoptaré jamás la bandera encarnada, porque la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con la república y con el imperio, con vuestras libertades y con vuestras glorias, mientras que la bandera encarnada no ha dado vuelta más que al Campo de Marte, arrastrada por las olas de la sangre del pueblo.» Algunos vivas contestaron á estas palabras, y la bandera tricolor triunfó de la bandera de la demagogia.

Sin embargo, no se sacude impunemente á las masas, y es más difícil restablecer la paz en los ánimos que el órden en las calles. Mientras que Lamartine tranquilizaba á la Europa por medio de un manifiesto en que, á la vez que protestando contra los tratados de 1815, declaraba que la república respetaría las circunscripciones territoriales establecidas; mientras que Arago hacía decretar, algo prematuramente tal vez, la emancipación de los negros en las colonias francesas; mientras se decretaba la abolición de la pena de muerte en materia política; mientras que los banqueros de París, dando en ello un bello ejemplo, abrían una suscripción para hacer frente á las necesidades del gobierno; mientras el pueblo hacía bendecir por el clero los árboles llamados de la libertad, que se plantaban en las plazas públicas, había algunos miembros del gobierno provisional que parecía se habían propuesto destruir la confianza y alborotar al país. Mr. Ledru-Rollin enviaba á los departamentos, para sustituir á los prefectos y sub-prefectos, algunos comisarios y sub-comisarios extraordinarios, que agitaban á las poblaciones, y muchos de los cuales hasta se hicieron expulsar de las ciudades en que

se querian establecer; publicaba circulares, en las cuales establecia odiosas distinciones entre los vencedores y vencidos de Febrero, los republicanos de la víspera y los del día siguiente; retrasaba las elecciones para la Asamblea nacional, que debian hacerse por el sufragio universal, porque quería hacer tiempo para trabajar de antemano la opinion y acarrear una mayoría republicana. Mr. Carnot, por su parte, excitaba la desconfianza pública, porque obligaba á los maestros de instruccion primaria á tomar en las elecciones una parte que embarazaba la libertad del sufragio y que daba á los maestros de escuela un papel político, contrario á la naturaleza de sus funciones. Mr. Garnier Pagés excitó todavía más vivos descontentos por una medida, necesaria sin duda, pero cuya impopularidad era imposible disimular. Habiéndose el trabajo paralizado en todas partes, el comercio languidecia, la industria no producía nada y las rentas del Estado habian bajado; para dar gusto á los periodistas se habia abolido el timbre de los periódicos; para agrandar al pueblo se habia abolido el impuesto de la sal. A fin de procurar recursos al Tesoro, monsieur Garnier-Pagés grabó á las cuatro contribuciones directas con un impuesto extraordinario de 45 céntimos; esto era inaugurar desgraciadamente un gobierno que se decia popular; los habitantes de los campos manifestaron especialmente un vivo descontento; el impuesto de los 45 céntimos fué uno de los golpes más rudos dados á la república.

Empero el miembro del gobierno provisional que llevó hasta el colmo el desorden moral fué Mr. Luis Blanc. Imbuido en las utopias socialistas y comunistas que bullian en los cerebros desde la explosion de la revolucion de Julio, Mr. Luis Blanc, que habia conseguido entrar en el gobierno provisional, resolvió aplicar por fin sus principios. No habia conseguido hacerse llamar ministro del progreso, pero sí reunir en el Luxemburgo, en el mismo salon en que los pares deliberaban algunos días antes, una especie de representacion de la clase obrera. Allí se reunieron en gran número los delegados de los diversos oficios, y se entablaron largas discusiones sobre la naturaleza de la propiedad y del capital; sobre la produccion y la reparticion de la riqueza; sobre el juego

de las instituciones de crédito y la libre concurrencia; en una palabra, sobre lo que se llamó la organizacion del trabajo, frase pacífica en apariencia, pero que conducia al trastorno completo de la sociedad. La propiedad y el capital representan, por lo general, la acumulacion del trabajo, ora de un individuo, ora de muchas generaciones; se transmiten legítimamente de padres á hijos ó por donaciones voluntarias, y el respeto á la propiedad se funda en el mandamiento de Dios: *No hurtarás*. En 1848 algunos utopistas llegaron hasta decir que «la propiedad es un robo»; los delegados del Luxemburgo no llegaron tan lejos, pero pidieron una trasformacion de la propiedad y del capital, cuya disposicion encomendaban al Estado; el Estado era el que debia encargarse de repartir la riqueza con arreglo á la produccion, al trabajo, á la capacidad y á las necesidades de cada uno; el Estado debia ser el banquero general, y los malos efectos de la concurrencia y del individualismo debian ser prevenidos por la creacion de inmensos talleres sociales en donde cada uno trabajaria segun sus fuerzas y recibiria con arreglo á sus necesidades. Tal era esta organizacion del trabajo, que establecia una especie de comunidad de bienes, cuya consecuencia sería la igualdad del perezoso y del trabajador, del pobre y del rico; igualdad quimérica, destructiva de toda jerarquía y de toda sociedad. El resultado infalible de estas utopias hubiera sido la ruina y la anarquía.

Bajo la presion de los solicitantes, se redujo el número de horas de trabajo cada día; muchos industriales, animados de las mejores intenciones, aumentaron el salario á los obreros; pero los talleres continuaban, sin embargo, abandonados. Lo que querian las masas extraviadas era el bienestar y las comodidades de la vida sin trabajar. Desde el 25 de Febrero un decreto imprudente habia «garantido la existencia del obrero por el trabajo,» lo cual era el *derecho al trabajo* que obligaba al Estado á alimentar al obrero en todas las crisis industriales. Como los tumultos de la calle, la paralización del comercio, la falta de confianza para el porvenir, habia sido causa de algunas bancarotas, arruinado muchas fortunas y obligado al mismo banco de Francia á pedir el curso forzado de sus billetes, porque su reserva metá-

lica no era suficiente; el trabajo cesó, en efecto, en casi todos los puntos á la vez. El Estado, impotente para sustituir con sus propias fuerzas las de todos los capitalistas, se vió, sin embargo, precisado á auxiliar á las hambrientas turbas que asediaban al gobierno provisional. Entonces se trató de reemplazar con los trabajos públicos los trabajos privados que hacian falta, y se creó lo que se dió en llamar *talleres nacionales*. Siete á ocho mil obreros se presentaron en seguida, se les organizó militarmente y se les dieron jefes elegidos por ellos mismos. Tuvieran ó no ocupacion, cobraban un jornal diario. Esta ventaja trajo otras y se encontraron muchos obreros á quienes no se podia emplear. El desorden nació de la ociosidad; la pereza y el desenfreno invadieron los talleres; los jefes de sectas trabajaron los ánimos, y al cabo de algunos meses se encontró que París alimentaba un ejército de cien mil hombres dispuestos á seguir á los mayores enemigos de la sociedad.

Contra este ejército el gobierno provisional trató de reorganizar una fuerza pública y regular. Se llamó al ejército, que habia sido expulsado de París; se creó una nueva guardia, compuesta de jóvenes desocupados á quienes se pudo inspirar el espíritu de orden que da la disciplina militar; ésta fué la *guardia móvil*, que tan grandes servicios debia prestar durante las jornadas de Junio; se reorganizó la guardia nacional, que comprendió indistintamente á todos los ciudadanos, lo cual procuró armas á muchos individuos capaces de abusar de ellas. La clase media, única que hasta entonces habia formado parte de la guardia nacional, se asustó de esta última medida; para contar sus fuerzas, las compañías de la antigua guardia vinieron en corporacion al ayuntamiento pidiendo su sosten, y protestando contra su fusion en una guardia uniforme que habia ordenado un decreto del 14 de Marzo; á esto fué á lo que se dió el nombre de la manifestacion de las *gorras de pelo* (16 de Marzo). Habiendo fracasado en su objeto, organizó otra de diferente género para el día siguiente: cien mil hombres, compuestos de los delegados del Luxemburgo, de obreros de los talleres nacionales, y conducidos por los jefes de los clubs comunistas Barbés, Cabet, Blanqui, etc., desfilaron en la

plaza de Greve, delante del gobierno provisional: esta fué la revista del proletariado, dirigida especialmente contra la faccion moderada del gobierno provisional, que se agrupaba en torno de M. de Lamartine, mientras que la otra reconocia por jefe á M. Ledru-Rollin.

El 16 de Abril, Blanqui consiguió organizar una nueva manifestacion; pero encontró al ayuntamiento defendido por la guardia nacional y por la guardia móvil; los facciosos no pudieron llegar hasta el gobierno provisional, sino desfilando entre dos hileras de bayonetas que les contuvieron, y el orden material fué preservado. El 22 de Abril hubo gran revista de la guardia nacional con motivo de una fiesta llamada de la *Fraternidad*, que no era más que una parodia de las antiguas fiestas republicanas, y que no sirvió de nada para la reconciliacion de los partidos. Los días siguientes, domingo y lunes de Pascua, habian sido finalmente fijados para las elecciones de diputados á la Asamblea nacional constituyente. El sufragio universal habia sido llamado á decidir en estas solemnes circunstancias; cada departamento nombraba cierto número de *representantes del pueblo* por escrutinio secreto y por escrutinio de lista; es decir, que todos los electores de un departamento contribuian al nombramiento de todos los diputados de esta circunscripcion. Todo ciudadano de veintinueve años era elector y todo elector era elegible; habia un representante por cada 40.000 habitantes, lo cual les elevaba por esta vez á 900, que debian recibir una indemnizacion de veinticinco francos cada día mientras durara la sesion. Las amenazadoras circulares de M. Ledru-Rollin, el impuesto de los 45 céntimos, la paralización de los negocios, habian hecho poderosa á la reaccion: casi todos los candidatos no pudieron ser elegidos sino despues de haberse pronunciado en favor de la república; pero la mayor parte se habian tambien declarado partidarios de una república moderada y no socialista, y la gran mayoría de la Asamblea, en donde se distinguian muchos antiguos servidores de las dos anteriores monarquías, era conservadora y estaba decidida á rechazar todas las tentativas de desorden; 130 representantes pertenecian notoriamente á la opinion legitimista.

La Asamblea se reunió el 4 de Mayo en el

Palacio Borbon, en una sala provisional, construida con maderas, en medio del gran patio del palacio. Los miembros del gobierno provisional se trasladaron á la Asamblea cruzando la plaza de la Concordia, entre una doble fila de guardias móviles y guardias nacionales; los vivos de la inmensa multitud que cubria la plaza se dirigian especialmente á M. de Lamartine. El gobierno provisional entregó sus poderes, y cada uno de sus miembros dió cuenta de su administracion. Despues la Asamblea renovó en nombre de la nacion la proclamacion de la república, única forma de gobierno que entonces parecia posible para evitar la guerra civil; se nombró inmediatamente una comision ejecutiva compuesta de cinco miembros del antiguo gobierno provisional, los señores Arago, Garnier-Pagés, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin. La mayoría hubiera deseado excluir á este último, que cada vez se comprometia más con el partido republicano; pero Lamartine le sostuvo para evitar una excision, si bien desde entonces disminuyó su popularidad y no encontró los sufragios que en algun tiempo le habian enviado á la Asamblea por diez departamentos á la vez. Cuando se le acusó de haber transigido con Ledru-Rollin, contestó con su lenguaje figurado que no conspiraba sino como el «para-rayos conspiraba contra el rayo;» mejor hubiera sido no dejar al rayo en el poder.

Los republicanos socialistas, desconfiando de arrastrar á la Asamblea nacional, resolvieron destruirla. Una nueva manifestacion se organizó en nombre de la Polonia; la multitud creia que se trataba de elevar una peticion á la Asamblea en favor de este desgraciado país; pero los facciosos tenian otras miras muy diferentes. La muchedumbre se adelanta á lo largo de los baluartes, llena la plaza de la Concordia, fuerza el puente, que defienden algunos batallones, y se precipita en el salon de las sesiones, en donde Mr. Buchez, que presidia la Asamblea, no supo mostrar la sangre fria y el valor de Boissyd'Anglas. Raspail, Blanqui, Luis Blanc, habian sido victoreados por los amotinados. Mr. Buchez fué arrojado de su sillón, y un tal Huber, conocido por su participacion en diversos complots en tiempo de Luis Felipe, y por sus hazañas en las jornadas de Febrero, declaró disuelta la asamblea nacional mientras que Barbés pedia

se estableciera un impuesto de un millar sobre los ricos. En aquel momento se oyó el redoble del tambor, llegaron las guardias nacional y móvil, la sala fué evacuada y la Asamblea continuó en sesion. Despues, los señores Lamartine y Ledru-Rollin, seguidos de los representantes y de la guardia nacional, marcharon hácia el Ayuntamiento, en donde se habia instalado un nuevo gobierno provisional. Los principales jefes del tumulto fueron arrestados: Barbés fué encerrado en Vincennes; Blanqui y Huber consiguieron escapar; Caussidiere, prefecto de policia, sospechoso de haber fomentado la insurreccion, tuvo que presentar su dimision de prefecto y derepresentante. Sin embargo, en las elecciones del 5 de Julio, hechas para completar el número de los representantes que faltaban, ora de resultados de los últimos sucesos, ora por las elecciones múltiples de algunos representantes, Caussidiere fué reelegido en París; los hombres de orden le agradecieron el que, como él decia, hubiera creado el orden con el desorden. Estas elecciones hicieron por otra parte entrar en la Cámara á ciertos nombres conocidos por títulos muy diferentes; los señores Thiers y Changarnier, uno antiguo ministro de Luis Felipe, y otro uno de los más brillantes generales de Africa, fueron elegidos en París al mismo tiempo que dos comunistas célebres, el publicista Proudhon y el filósofo san-simoniano Pedro Leroux (nacido en 1798).

Otro nombre se dió entonces á conocer; el del príncipe Luis Napoleon, que fué elegido á la vez en París y en tres departamentos. Este nombramiento asustó á los republicanos, que veian ya desaparecer el imperio. El 12 de Junio la comision ejecutiva pidió se aplicara al príncipe la ley de destierro, pero la Asamblea desechó su peticion, y el príncipe fué el día 13 á ocupar su puesto en la Asamblea. Al día siguiente escribió una carta en que manifestaba el sentimiento que le causaba «ver su nombre, simbolo de orden, de nacionalidad y de gloria, servir para aumentar los tumultos y desavenencias de la patria.» En la misma carta se leia esta frase: «Si el pueblo me impusiera algunos deberes, yo sabria cumplirlos.» Esto era presentarse casi como pretendiente; una violenta tempestad suscitó la lectura de dicha carta, y el 15 el príncipe, viendo que su hora no habia

llegado aún, presentó la dimision y abandonó á la Francia.

Sin embargo, la situacion era cada vez más grave; la hacienda se hallaba en estado deplorable, los negocios no se asentaban; una prensa sin freno sembraba las más funestas doctrinas que propagaban además los oradores de los clubs; la miseria aumentaba, y los cien mil obreros de los talleres nacionales no hacian más que aumentar el mal, porque era preciso pagarles, y porque su sola presencia, amenaza perpétua para la capital, paralizaba el comercio y destruia la confianza. Un valeroso representante, M. de Talloux, propuso la disolucion de estos talleres, proposicion que fué aceptada por la Asamblea. El 21 de Junio un decreto de la comision ejecutiva obligaba á todos los obreros de diez y ocho á veinticinco años á alistarse en el ejército ó á marchar á las provincias, especialmente á la Sologne, pequeño país del antiguo Orleansado, que se trataba de sanear.

Este decreto irritó vivamente á los agitadores, á quienes de esta suerte se les arrebatava un ejército, y á los mismos obreros, los cuales habian sido engañados por peligrosas utopias y á quienes se hacia creer que se les enviaba á la muerte. Los jefes de la república exaltada, que hacia mucho tiempo tenian preparado su plan, resolvieron ponerle inmediatamente en práctica: tenian en su favor á una gran parte de la poblacion que creia de buena fé en los malos designios de lo que se llamaba la reaccion; la ocasion no podia ser más favorable. Por otra parte, el gobierno no tenía á su disposicion más que un débil ejército de veinte mil hombres y la guardia móvil, cuyas disposiciones no inspiraban completa confianza; la guardia nacional estaba dividida desde que en ella se habia dado entrada á casi todos. Empero el general Cavaignac, ministro de la Guerra desde el 18 de Mayo, tomó las más hábiles disposiciones, dedicándose especialmente á mantener sus comunicaciones libres, á proteger al ayuntamiento y á la Asamblea, y á fin de no diseminar sus fuerzas, dejó que la insurreccion se desarrollara libremente en los barrios de que era dueña, en la seguridad de que con algunas tropas regulares, provistas de municiones y bien capitaneadas, se apoderaria en seguida de todos los puestos, unos despues de otros. El gene-

ral de La Moriciere habia recibido el encargo de operar en la orilla derecha y el general Damesme en la izquierda; el general Duvivier mandaba la guardia móvil, á la cual tuvo la gloria de mantener en su deber y de arrastrar á la defensa de la sociedad, despues de haberla organizado. El ejército se hallaba perfectamente dispuesto; los soldados ardian en deseos de vengar las humillaciones de las jornadas de Febrero; la guardia móvil se batia con valor, y la guardia nacional, tan pronto como reconoció el peligro, cumplió intrépidamente con su deber, viéndose á los padres de familia y á los jóvenes ir al fuego con la intrepidez de los viejos soldados. ¡Tristes necesidades de las guerras civiles, que obligan á desplegar contra sus conciudadanos y hermanos el valor que solamente contra los enemigos se debería necesitar!

El 22 no hubo más que grupos tumultuosos. El 23 se levantaron barricadas en los barrios de San Dionisio, San Martin y Santiago, en los arrabales del Temple, de San Antonio y de Poissonniere y en la plaza del Panteon y en la Cité. Los generales Damesme y La Moriciere se apoderaron de muchas de estas barricadas; el general Cavaignac dirigió en persona el ataque contra la barricada de la calle de San Mauro, en el arrabal del Temple, no pudiendo apoderarse de ella sino despues de una lucha de cinco horas. La Asamblea nacional se declaró en sesion permanente; el gobierno llamó por telégrafo á los regimientos y á las guardias nacionales de los departamentos próximos. El llamamiento no fué desatendido, y en los días siguientes se vió llegar de todas partes á los regimientos y á las guardias nacionales animadas del más vivo entusiasmo; era la Francia entera, que se levantaba en defensa de la sociedad.

El 24, la Asamblea, para hacer la defensa más enérgica, concentró todos los poderes en manos del general Cavaignac, que fué investido de la dictadura. M. Senard, que entonces presidia la Asamblea, anunció este acto á la guardia nacional en una enérgica proclama: «Si hay entre los insurrectos, decia, muchos infelices á quienes se extravía, el crimen de los que les arrastran y el objeto que se proponen es hoy de todos conocido. ¿Piden la república? ha sido